

---

**ATT. YO DONA**  
**ASUNTO: MUJERES CON CAUSA**  
**RE: INMA SHARA**

---

**Desde: ZAMBIA**  
**Proyectos: LUCHA CONTRA EL SIDA**  
**Ong: PLAN ESPAÑA**

---



He estado en el África profunda, callada y desconocida. Allí me han hablado de la corrupción y he visto la pobreza y el nefasto poder del sida, una plaga que ha hecho que el 30% de los niños de Zambia tenga que trabajar. He sentido vergüenza al ver a los pequeños bebiendo agua de los charcos. Me fui llevando en las maletas partituras de Rachmaninoff y de Dvorák, porque sólo entiendo el compromiso a través de la música. A la vuelta, mi equipaje estaba lleno de dudas sobre los pilares que rigen mi vida, de valores reforzados a golpe de tragedia y, sobre todo, de preguntas sin respuesta. ¿Son felices o están resignados? ¿Cómo puedo ayudar? ¿Qué debemos hacer?

*Inma Shara.*

**En Zambia, con Inma Shara**

YO DONA ha visitado con la directora de orquesta las zonas en las que trabaja la ONG Plan luchando contra el sida. **Carmen Gallardo** recoge sus vivencias y **Teresa Ricart** la fotografía.



**En la escuela**

Inma Shara dirigió, con un palo que hacía las veces de batuta, a los niños de la escuela Zemba en su cántico contra el sida. La ONG Plan destina un presupuesto de 1.699.000 euros a Zambia.



**PLAN es una organización de desarrollo comunitario centrada en la infancia, sin filiación política ni religiosa. Su principal objetivo es mejorar las condiciones de vida de los niños y promover sus derechos. Realiza proyectos en 65 países para ellos, sus familias y las comunidades en las que viven. Ayuda a 12 millones de personas. [www.planespana.org](http://www.planespana.org) Tel. 902 24 40 00**

---



**Había visitado** África antes. Pero este no era un viaje fácil. Sin embargo, no lo dudé. Cuando la ONG Plan me ofreció la posibilidad de palpar y sentir una pequeña experiencia de la realidad africana, dije sí. Dije sí a Zambia, una de esas incógnitas perdidas en el sur del gran continente. Uno de esos vastos territorios convertidos en país gracias a la ayuda de una escuadra y un cartabón. Son curiosas sus fronteras. Al oeste, una línea perfectamente recta lo separa de Angola; al norte, una enorme muesca casi lo parte en dos, dibujando una especie de corazón. No entendía el porqué de tal división. Allí me lo explicaron: es una zona muy rica en minerales y quedó adscrita a la República Democrática del Congo.

Llegué con la ilusión palpitando en mi alma y mis partituras de Rachmaninoff y Dvorák en la maleta. Entiendo el compromiso a través de la música, y siento África a través de ella: su propio nombre, la explosión de colores, el estallido de la naturaleza. Es como una sinfonía, atrapas las sensaciones y luego formas el compás, y en los acordes más dolorosos de su realidad encuentro nostalgia, amor y sinceridad. También incluí dos libros, *Vagabundo en África*, de Javier Reverte, y *Ébano*, de Ryszard Kapuscinski. Gracias a ellos he aprendido muchas aristas de la dolorosa y sangrienta historia del sur de África. Ahora, a esa historia hay que sumar más dolor: el sida. Zambia es uno de los países subsaharianos más afectados por la epidemia: un 40% de los niños nace de padres infectados, más de 200.000 personas necesitan tratamiento retroviral y se calculan en un millón los huérfanos por la enfermedad.

Y eso, las consecuencias del sida, fue la primera realidad con la que nos topamos. Fue en Mazabuka, una ciudad del sur, a 150 km de la capital, Lusaka, y cercana a la frontera con Zimbabue. Allí, en la comunidad Ndeke, trabaja Plan. De las 7.000 mujeres que la forman, 567 ya han asistido a los planes de apoyo y formación de salud que les ofrece la ONG. Visten de mil y un colores, son muy jóvenes y están allí para controlar el peso de sus hijos en la báscula que cuelga del techo. Me acerco a los niños. Sonríen, me miran y lloran. Lloran con un desconsuelo enorme. Mis manos blancas, mi pelo rubio suponen una barrera estética que les provoca ese llanto desconsolado. Lo peor es que lo entiendo. Después, de entre los chavales que nos siguen por el camino de tierra y riscos, el más osado, el que insiste en salir en todas las fotos, nos llama *mzungu*. No es precisamente un piropo para el hombre blanco. Y recuerdo lo que leí a Kapuscinski («*Era blanco... O sea colonialista, saqueador e invasor... El blanco, el que me lo arrebató todo, el que descargó latigazos en la espalda de mi abuelo, el que violó a mi madre... A sus ojos, como blanco yo era culpable...*»).

Rosco está enferma de sida. Cree que fue su segundo marido quien la contagió. Se siente algo mejor desde que toma retrovirales. Obtiene la medicina gratis, pero ha de andar una hora hasta la ▶





## La huella del sida

En la Clínica Nsadzu, en una comunidad cercana a la frontera con Malawi, no se ven medicinas, pero sí está muy presente el retrato del presidente del país. Tampoco hay médicos, sólo enfermeros. Uno de ellos (a la izq.) reclama nuestra ayuda y toma la temperatura a la mujer infectada de sida. Sobre su mesa reposa una caja de preservativos, a los que acceden únicamente aquellos que ya están infectados. Durante su estancia en Zambia, Inma Shara admiró los coloristas trajes de las nativas y pasó mucho tiempo con los niños, una vez más, víctimas de la gran tragedia africana. La directora de orquesta visitó mercados, escuelas, centros sanitarios y convivió con los pequeños. El 40% de ellos nace de padres infectados y el 30% debe trabajar para sobrevivir, ya que la enfermedad ha creado un millón de huérfanos.

49





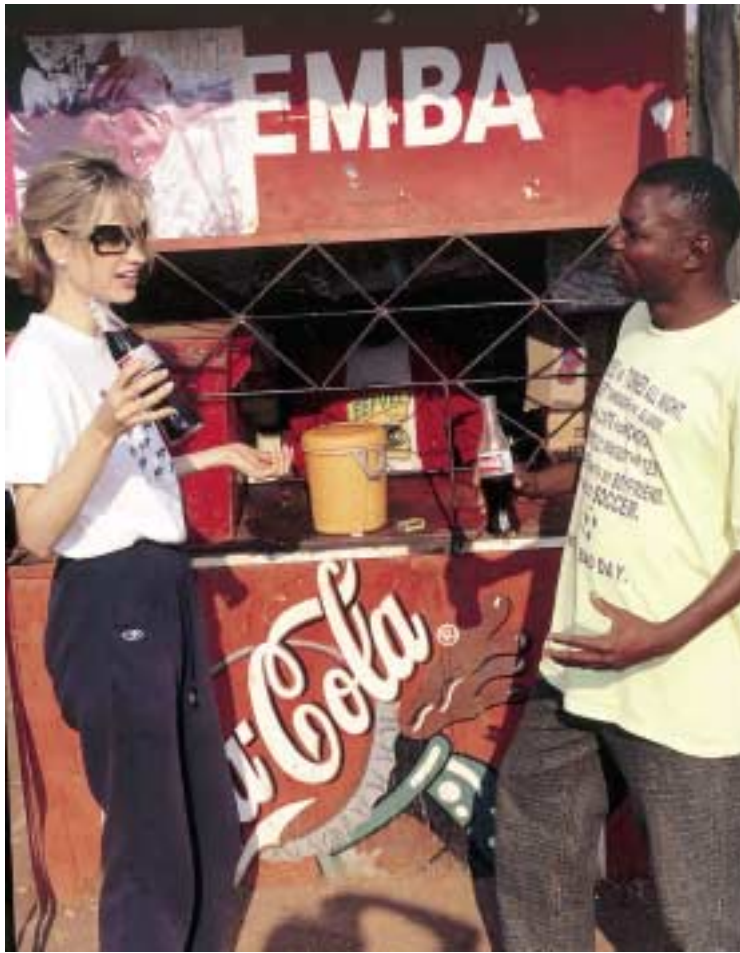
## A través del teatro mentalizan a la población contra la prostitución, los abusos sexuales y las tradiciones que les abocan a la muerte.

ciudad para conseguirla. Nos abre su casa, oscura y asfixiante –las ventanas están tapiadas como protección frente a los ladrones–, pero una puntilla sintética cubre con amoroso cuidado ese espacio que nunca tuvo un cristal. Los sillones envejecidos de plástico se adornan con más encajes; un destartalado mueble de formica acoge la televisión (funciona con batería, no hay luz eléctrica en esta aldea ni en ninguna otra de oeste a este del país); los cubiertos, a la vista, aún permanecen en su funda; hay fotos de familia y más y más puntillas. De una esquina de la pared cuelga un juego de café en plástico naranja. Y calendarios, de 2004, 05, 06. Rosco bordea los 40, delgada en extremo, está descalza y en su muñeca luce un reloj dorado. Habla muy despacio, en inglés y en su lengua tribal. Su cara se funde entre la oscuridad del ambiente y de su camisa, también negra. Ella es de la tribu tonga, una de las 70 que conforman Zambia, y de religión adventista; comparte la pequeña casa con sus dos hijos, un hermano de su marido y aún alquila dos habitaciones. También trabaja en los campos de caña de azúcar pero, a pesar de tanto esfuerzo, sus ingresos mensuales no superan los 100 euros. Necesitaría más del doble para vivir.

En Zambia la vida es aún más dura para las mujeres. Ellas tienen un 1,4% más de posibilidades de ser infectadas. Respiro hondo antes de visitar a Mary, también enferma de sida, también viuda dos veces. Tiene 34 años y nos espera sentada en el suelo. En su casa de bloques de hormigón circula el aire: está descubierto el hueco de la ventana. No hay nada, tan sólo una alfombra de mimbre. Habla con suavidad, una terrible tristeza acompaña sus leves movimientos. Ha parido cinco hijos, tres murieron de malaria y hemorragias. Es católica y, a pesar de tanta pena, cree en Dios. Sólo la llegada de su hijo de 15 años, que viene de la escuela, le arranca

una dulce sonrisa. Mary nos cuenta que, desde que enviudó hace varios años, no ha mantenido relaciones sexuales. Siento un gran pudor ante su confesión ¿Por qué nos dice esto a nosotros?

**La ‘Sinfonía del Nuevo Mundo’** de Dvorák me arrulla para protegerme de tanta desolación. ¿Por qué la muerte está presente de un modo tan pertinaz en este nuevo mundo? Las notas se entrelazan con las dudas camino de Chadiza, al este del país, en la frontera con Mozambique. Llegamos a la escuela Zemba, en la que Plan Lucha contra el absentismo escolar, aporta material para el estudio y forma los grupos que denuncian las actitudes que fomentan el desarrollo del sida. Todos, chicos y grandes, nos saludan alborozados, nos estrechan una y mil veces las manos. Algunos niños visten uniforme: camisa celeste y falda o pantalón azul marino, pero no todos llevan zapatos. Hay también muchos padres y madres; ellas cocinan. Me emociona ver a los niños en fila, con su platito en la mano esperando su cazo de papilla. Es su única comida. En los índices de desarrollo publicados en 2003, Zambia ocupa el puesto 163 de 175. Y hace tan sólo siete años, el 80% de los zambianos vivía por debajo del umbral de la pobreza. Nuestra llegada es una fiesta. Hemos roto su monotonía. Cantan en lengua tonga y no puedo resistirme a tomar un pequeño palo que me sirve de batuta. Les dirijo, me siguen cuando les indico un *crescendo*. Su canción dice: «*Aunque muchos han muerto, la enfermedad se cura...*». Paran la música y preguntan al auditorio: «¿Sabes qué es el sida?». El espectáculo continúa. Dos niñas y un chico representan una escena familiar: el padre dice a la madre que la niña ha de llevar dinero a casa. Ella se rebela levemente. Cuenta a su hija los deseos del padre. La niña no quiere ir en busca ▶




### Escena final

De arriba abajo: Inma Shara se toma un refresco en un puesto de bebidas mientras charla con un zambiano. La periodista de YO DONA Carmen Gallardo, que acompañó a Shara. La directora de orquesta, durante su visita a Mary, enferma de sida. En su casa sólo hay una esterilla, sobre la que se sienta. Tiene 34 años y, de sus cinco hijos, sobrevive uno.

de los camioneros que compran sexo en la carretera de unión entre Zambia, Mozambique y Malawi. Pero acude. Gana más dinero si no utiliza preservativo. Regresa a su casa, su padre está feliz. Y la niña, infectada. El público aplaude. Sólo así, a través del teatro, mentalizan a la población contra unas tradiciones que les abocan a la muerte: la prostitución, los abusos sexuales o el fenómeno de los *dulces papás*: esos hombres mayores que se acuestan con vírgenes para curar –justifican– su enfermedad.

Cerca, en la escuela y comunidad Tikondane, aguardan nuestra visita como en una escena de *Las minas del rey Salomón*: la única fila de sillas que cierra el corro está reservada para nosotros, los blancos. Nos agasajan con nuevas actuaciones contra el sida, pero esta vez asistimos a una sórdida representación. El final de la fiesta corre a cargo de tres niñas de apenas ocho años. Con la cara cubierta, bailan al son de una música recurrente con un solo objetivo: incitar al sexo. Desde pequeñas sus madres les enseñan los movimientos de cadera perfectos para dar placer a los hombres. Hasta la pubertad, estas crías desconocen la utilidad de su baile. Tras su primera regla, tendrán dos semanas de formación para comportarse como perfectas hembras. Al finalizar ese periodo, bailan para los jóvenes casaderos con la cara tapada y el pecho descubierto. Ellos elegirán a la desconocida que mejor se mueva, y serán los padres de ambos quienes negocien el matrimonio.



**¿Cómo cambiar las cosas?** Admiro el trabajo que las ONG realizan en zonas tan complicadas, pero, en mi humildísima opinión, esa fantástica labor no deja de ser un parche. Los problemas que padece África están tan enraizados en la sociedad que sólo pueden comenzar a atajarse con políticas globales, económicas y de educación, desde el convencimiento profundo de que otro orden mundial es justo y necesario. Con estas reflexiones llego al lugar en el que voy a conocer a las dos personas que más me han impactado en este viaje. Visitamos la clínica Nsadzu, un pequeño edificio entre Chilenga y Naviruli. Es una casita de una planta pintada de blanco y azul en la que 32 enfermeros prestan servicio a unas 11.000 personas. Allí acuden embarazadas y madres, enfermos de malaria, diarrea o sida. La higiene brilla por su ausencia. Las hormigas y las arañas pasean con comodidad entre los viejos archivadores y las rústicas paredes. En una pequeña sala se agolpan cinco camastros. Sobre uno de ellos reposa silenciosa Justine. Tiene 16 años y hace sólo cuatro horas que ha nacido su segundo hijo. Es una niña, la llamará Patricia. El padre espera en casa el regreso de la parturienta, debe ocuparse de la casa. Me impresiona su madurez; a ella, mi situación personal, 34 años y sin hijos... Pero fue ese hombre que atiende a una paciente de sida mientras nos mira a los ojos y reclama ayuda la imagen que he congelado en mi retina; su compromiso y su denuncia, en mi alma. Recupero a Rachmaninoff para poner música a la escena: grandiosidad, tragedia, dolor contenido, esperanza y la explosión final. Sus sentimientos movilizándolo nuestras conciencias. 



La próxima entrega, **Anne Igartiburu en la India**, en diciembre.